

ASESINO
- de -
BRUJAS



• DIOS Y MONSTRUOS •

SHELBY
MAHURIN

El mal siempre busca un punto de apoyo. No debemos dárselos.

Después de una pérdida desgarradora, Lou, Reid, Beau y Coco están empeñados en vengarse más que nunca, y ninguno más que Lou.

Pero ella ya no es la Lou que creían conocer. Ya no es la Lou que cautivó el corazón de un *chasseur*. Una oscuridad se ha apoderado de ella, y esta vez hará falta más que el amor para expulsarla.

Índice de contenido

Cubierta

Dioses y Monstruos

Mapa

Primera Parte

Capítulo 1: Un nido de ratones

Capítulo 2: L'enchanteresse

Capítulo 3: Oscuridad mía

Capítulo 4: La llama de Coco

Capítulo 5: La petite larme

Capítulo 6: Una presencia insidiosa

Capítulo 7: Un juego de preguntas

Capítulo 8: Mi nombre es legión

Capítulo 9: El faro

Capítulo 10: El cauchemar

Capítulo 11: Ninguna rosa sin espinas

Segunda Parte

Capítulo 12: Muerte en las aguas

Capítulo 13: Un asesinato de cuervos

Capítulo 14: El dragón y su doncella

Capítulo 15: Letanía

Capítulo 16: Otra tumba

Capítulo 17: Un favor simple

Capítulo 18: Le Cœur brisé

Capítulo 19: La verdad de las aguas

Capítulo 20: Mathieu

Capítulo 21: Lo que es ahogarse

Capítulo 22: Lo que es nadar

Capítulo 23: El verso final

Capítulo 24: Otro patrón

Tercera Parte

Capítulo 25: La duda se cuele

Capítulo 26: Angélica

Capítulo 27: Mentira por omisión

Capítulo 28: Un nido de urraca

Capítulo 29: El lazo verde

Capítulo 30: El oráculo y el erizo de mar

Capítulo 31: El tono de azul más bonito

Capítulo 32: Palos y piedras

Capítulo 33: La apuesta

Capítulo 34: Agujeros en el tapiz

Capítulo 35: El país de las maravillas invernal

Capítulo 36: Cosas letales y preciosas

Capítulo 37: No me hagas preguntas

Capítulo 38: Verdad o reto

Capítulo 39: La resaca

Capítulo 40: La brecha

Capítulo 41: Hombres santos

Cuarta Parte

Capítulo 42: El aspecto de la felicidad

Capítulo 43: Llévame a la iglesia

Capítulo 44: La barriga de la bestia

Capítulo 45: Los siete

Capítulo 46: Nuestra historia

Capítulo 47: Confesional

Capítulo 48: Una sola chispa

Capítulo 49: Una lluvia de luz

Capítulo 50: La batalla final

Capítulo 51: Cuando interviene un dios

Capítulo 52: El abismo

Capítulo 53: Como empezamos

Capítulo 54: Termina con esperanza

Capítulo 55: La patisserie de pan

Epílogo

Agradecimientos

Acerca de la autora

Para Jordan,
que más que amiga es una hermana.



Primera Parte

Quand le chat n'est pas là, les souris dansent.

Cuando el gato no está, los ratones bailan.

PROVERBIO FRANCÉS

Capítulo 1

Un nido de ratones



Nicholina

*Belladona, eufrasia, baya de arrayán,
colmillo de víbora y ojo de búho,
pizca de flora, pellizco de animal,
para vil posesión o propósito puro.*

*Icor de un amigo, icor de un contrario,
un alma negra como noche insondable,
pues en la oscuridad se halla el almarío
do surcan las ánimas lo inescrutable.*

El hechizo es familiar; oh, sí, muy familiar. Nuestro favorito. Ella nos deja leerlo a menudo. El grimorio. La página. El hechizo. Nuestros dedos repasan cada trazo de pluma, cada letra difuminada, y cosquillean con una promesa. La promesa de que jamás estaremos solos, y les creemos. Le creemos *a ella*. Porque no estamos solos, nunca estamos solos, y los ratones viven en nidos con cientos de otros ratones, con *muchísimos* ratones. Se refugian todos juntos para cuidar de sus crías, de sus hijos, y encuentran recovecos calientes y secos con mucha comida y magia. Encuentran rincones sin enfermedad, sin muerte.

Nuestros dedos se enroscan en torno al pergamino y dejan nuevas huellas.

Muerte. Muerte, muerte, *muerte*, nuestra amiga y enemiga, irremediamente nos llega a todos.

Excepto a mí.

Los muertos han de olvidar. Cuidado con sueños que impidan dormir.

Ahora desgarramos el papel, lo rompemos en pedazos. En trocitos minúsculos. Se desperdigán como ceniza en la nieve. Como los recuerdos.

Los ratones se refugian todos juntos, sí; se mantienen a salvo y calientes los unos a los otros, pero cuando una cría de la camada enferma, los ratones se la comen. Oh, sí. Se la zampan entera, enterita, para alimentar a la madre, al nido. El último en nacer siempre está enfermo. Siempre es pequeño. Devoraremos a la ratoncita enferma, y ella nos alimentará.

Ella nos alimentará.

Acecharemos a sus amigos, sus *amigos* (un gruñido brota por mi garganta ante la palabra, ante la promesa vacía), y los alimentaremos hasta que estén gordos de aflicción y culpabilidad, de frustración y miedo. Allá donde vayamos, ellos nos seguirán. Y entonces los devoraremos a ellos también. Y cuando devolvamos a la ratoncita enferma a su madre en Château le Blanc, cuando su cuerpo se marchite, cuando *sangre*, su alma se quedará con nosotros para siempre.

Ella nos alimentará.

Jamás estaremos solos.

Capítulo 2

L'enchanteresse



Reid

La neblina se extendió por el cementerio. Las lápidas, viejas y agrietadas, con sus nombres borrados hace mucho por los elementos, alanceaban el cielo desde donde estábamos, sobre el borde del acantilado. Incluso el mar en lo bajo estaba silencioso. En esta inquietante luz previa al amanecer, por fin comprendí la expresión *silencioso como una tumba*.

Coco se pasó una mano por los ojos cansados antes de señalar hacia la iglesia más allá de la neblina. Pequeña. De madera. Parte del tejado se había venido abajo. No se veía luz alguna a través de las ventanas de la rectoría.

–Parece abandonada.

–¿Y si no lo está? –Beau resopló mientras sacudía la cabeza, pero se paró con un bostezo—. Es una *iglesia* y nuestras caras están pegadas por todo Belterra. Incluso un párroco rural nos reconocerá.

–Muy bien. –Su voz cansada llevaba menos mordiente de lo que seguramente pretendía—. Duerme fuera con el perro.

Todos a la vez, nos giramos para mirar el espectral perro blanco que nos seguía. Había aparecido a las afueras de Cesarine, justo antes de que decidiéramos bordear la costa en lugar de ir por la carretera. Todos habíamos visto lo suficiente de La Fôret des Yeux para una eternidad. Durante días, el perro nos había seguido, sin acercarse nunca

tanto como para que lo tocáramos. Receloso, confuso, los *matagots* habían desaparecido poco después de su aparición. No habían vuelto. Tal vez el perro fuese un espíritu atormentado él mismo, un nuevo tipo de *matagot*. Tal vez fuese solo un mal presagio. Tal vez fuera por eso que Lou todavía no lo había bautizado.

La criatura nos miró, sus ojos eran un toque fantasmal sobre mi cara. Apreté la mano de Lou con más fuerza.

–Llevamos toda la noche andando. Nadie nos buscará dentro de una iglesia. Es tan buen sitio como cualquier otro para escondernos. Si *no está* abandonada –seguí hablando a pesar de que Beau había empezado a interrumpir– nos marcharemos antes de que nos vea nadie, ¿de acuerdo?

Lou le sonrió a Beau, con la boca muy abierta. Tan abierta que casi pude contar todos sus dientes.

–¿Tienes *miedo*?

–Después de los túneles –le dijo, tras lanzarle una mirada dubitativa–, tú también deberías tenerlo.

La sonrisa de Lou desapareció, y se notó cómo Coco se ponía tensa y apartaba la mirada. La tensión enderezó mi propia columna. Sin embargo, Lou no dijo nada más; se limitó a soltar mi mano y dirigirse hacia la puerta de la iglesia. Giró el picaporte.

–Abierta.

Sin decir una palabra, Coco y yo la seguimos a través del umbral. Beau se reunió con nosotras en el vestíbulo un momento después, mientras estudiaba la sala en penumbra con una suspicacia clara. Una gruesa capa de polvo cubría los candelabros. La cera que había goteado hasta el suelo de madera se había endurecido entre las hojas muertas y demás restos. Nos llegó una corriente de aire desde el santuario un poco más allá. Sabía a salmuera. A descomposición.

–Joder, este lugar está encantado –susurró Beau.

–Ese lenguaje. –Fruncí el ceño en su dirección y entré en el santuario. Se me comprimió el pecho al ver los bancos destartados. Las páginas rotas de los himnarios amontonadas en un rincón para pudrirse—. Esto fue un lugar sagrado en el pasado.

–No está encantado. –La voz de Lou resonó con eco en el silencio. Se detuvo detrás de mí para levantar la vista hacia la vidriera. La cara suave de santa Magdalena le devolvió la mirada. Era la santa más joven de Belterra; había sido venerada por la iglesia por regalarle a un hombre un anillo bendecido, por el cual su negligente esposa había vuelto a enamorarse de él y se había negado a separarse de su lado, incluso cuando su marido se embarcó en un peligroso viaje por el mar. Se había adentrado detrás de él en las olas y se había ahogado. Solo las lágrimas de Magdalena pudieron resucitarla—. Los espíritus no pueden vivir en suelo consagrado.

–¿Cómo sabes eso? –preguntó Beau, con el ceño fruncido.

–¿Cómo es que *no* lo sabes tú? –replicó Lou.

–Deberíamos descansar. –Pasé un brazo en torno a los hombros de Lou y la conduje hasta un banco cercano. Estaba más pálida de lo habitual, con oscuras sombras bajo los ojos y el pelo enredado y despeinado por el viento después de varios días de duro viaje. Más de una vez, cuando ella creía que no la estaba mirando, había visto convulsionarse todo su cuerpo, como si luchara contra alguna enfermedad. No me sorprendería. Había sufrido mucho. Todos lo habíamos hecho—. Los aldeanos se despertarán pronto. Investigarán cualquier ruido extraño.

Coco se instaló sobre un banco, cerró los ojos y se echó la capucha de la capa por encima de la cabeza. Para no vernos.

–Alguien debería montar guardia.

Aunque abrí la boca para ofrecerme a hacerlo, Lou me interrumpió.

–Lo haré yo.

–No. –Negué con la cabeza, incapaz de recordar la última vez que Lou había dormido. Notaba su piel fría y pegajosa contra la mía. Si *de verdad* estaba luchando contra alguna enfermedad, necesitaba descansar–. Duerme tú. Yo vigilo.

Un sonido reverberó muy profundo en su cuello mientras ponía una mano sobre mi mejilla. Su pulgar rozó mis labios, se demoró ahí un poco. Igual que sus ojos.

–Preferiría mil veces vigilarte a ti. ¿Qué vería en tus sueños, Chass? ¿Qué oiría en tus...?

–Iré a ver si hay comida en la despensa –musitó Beau. Pasó por nuestro lado de mal modo y miró atrás para lanzarle a Lou una mirada de asco. Mi estómago gruñó mientras lo veía marchar. Tragué saliva e ignoré la punzada de hambre. La repentina y desagradable presión en mi pecho. Con suavidad, retiré la mano de Lou de mi mejilla y me quité el abrigo para dárselo a ella.

–Vete a dormir, Lou. Te despertaré al atardecer y podremos... –las palabras quemaron mi garganta–... podremos continuar.

Hacia el Château.

Hacia Morgane.

Hacia una muerte segura.

Lou había dejado bien claro que iría al Château le Blanc, la acompañáramos o no. A pesar de mis protestas, a pesar de recordarle *por qué* buscábamos aliados para empezar, por qué *los necesitábamos*, Lou seguía afirmando que podía manejar a Morgane ella sola. *Ya oísteis a Claud*. Afirmaba que esta vez no dudaría. *Ella ya no puede tocarme*. Afirmaba que reduciría su hogar ancestral a cenizas, junto con toda su familia. *Construiremos uno nuevo*.

¿*Un nuevo qué?*, había preguntado yo con recelo.

Un nuevo todo.

Jamás la había visto actuar con una intensidad tan decidida. No. Obsesiva. La mayoría de los días, un brillo fe-

roz iluminaba sus ojos, una especie de hambre salvaje, pero en otros, no los tocaba ninguna luz en absoluto. Esos días eran muchísimo peores. Se dedicaba a observar el mundo con una expresión aturdida, y se negaba a reconocermé a mí o a mis débiles intentos de consolarla.

Había solo una persona que podía hacer eso.

Y él ya no estaba.

Ahora tiró de mí para tumbarme a su lado, mientras me acariciaba el cuello casi sin pensar. Sus dedos fríos hicieron que un escalofrío bajara correteando por mi columna y sentí un repentino deseo de apartarme. Hice caso omiso. La sala se sumió en un silencio denso y pesado, excepto por los gruñidos de mi estómago. El hambre era una compañera constante esos días; ya ni siquiera recordaba la última vez que había comido hasta saciarme. ¿Con Troupe de Fortune? ¿En el Hueco? Al otro lado del pasillo, la respiración de Coco se hizo poco a poco más regular. Me concentré en el sonido, en las vigas del techo, más que en la piel gélida de Lou o en el dolor en mi pecho.

No obstante, pocos segundos después, unos gritos brotaron de la despensa y la puerta del santuario se abrió de par en par. Beau salió disparado y pasó como una exhalación hasta más allá del púlpito.

—¡Retirada! —Gesticuló como loco hacia la salida mientras yo me levantaba de un salto—. ¡Hora de irnos! Ahora mismo, *ahora* mismo, *vámonos*...

—¡Alto! —Un hombre encorvado con las vestiduras de un cura irrumpió en el santuario con un cucharón de madera en la mano. De él goteaba estofado amarillento. Como si Beau hubiese interrumpido su almuerzo de media mañana. Los trocitos de verduras desperdigados por la barba canosa y descuidada que ocultaba la mayor parte de su cara confirmaron mis sospechas—. He dicho que vuelvas *aquí*...

Frenó en seco y derrapó hasta pararse cuando nos vio al resto. Por instinto, me giré para esconder la cara entre